

El movimiento antichilango en Baja California, México. La mirada literaria, académica y periodística, 1971-1991

The anti-chilango movement in Baja California, Mexico. The literary, academic, and journalistic look, 1971-1991

Víctor Manuel Gruel Sáñez
El Colegio de México
(vgruel@colmex.mx)

Resumen: El objetivo de este artículo consiste en describir las implicaciones políticas e históricas de la escritura emprendida por periodistas, literatos e investigadores alrededor de los estereotipos producidos por el movimiento antichilango. Para ello, observaré los contenidos políticos e históricos de los discursos articulados desde de la literatura, el periodismo y la academia de ciencias sociales. En su nivel de generalidad, el artículo reconstruirá el significado que surgió sobre el movimiento antichilango, cuya definición fue la expresión de rechazo y animadversión a la migración capitalina. Con el propósito de historiar los discursos de escritores, periodistas y científicos sociales que tuvieron lógicas textuales distintas, documentaré a cada uno por separado. El artículo concluye con el momento decisivo del movimiento antichilango: la injerencia del periodismo en los asuntos electorales y gubernamentales.

Palabras clave: movimiento antichilango, regionalismo, nativismo, estereotipos, partidos políticos.

Abstract: The purpose of this paper is to describe the political and historical implications of writing initiated by journalists, writers and researchers around stereotypes produced by the anti-chilango movement. For this instance, I'll revise the political and historical discourses articulated from literature, journalism and the social sciences. At a general level, this article will reconstruct the meaning that arose with the anti-chilango movement, which definition was an expression of rejection and animadversion to migration from capital cities. For being able to historicize the discourses of writers, journalists and social scientists that had different textual logics, I'll refer to each separately. This article concludes with the decisive moment of the anti-chilango movement: the interference of journalism in the government and electoral issues.

Keywords: anti-chilango movement, regionalism, nativism, stereotypes, political parties.

Fecha de recepción: 27 de enero de 2014 Fecha de aceptación: 13 de agosto de 2014

·*Culturales*·

Época II - Vol. III - Núm. 1 / enero-junio de 2015
ISSN 1870-1191

Víctor Manuel Gruel Sáñez

Mexicano. Maestro en estudios socioculturales por la Universidad Autónoma de Baja California. Actualmente realiza estudios de doctorado en historia en El Colegio de México. Su línea de investigación se enfoca a temas de historia regional y política de Baja California, Siglos XIX y XX. Recientemente ha publicado: “La muerte de Pablo González. Violencia agraria en Maneadero, 1937-1939”, *Meyibó*, núm.6, julio-diciembre 2012; y “Prensa y nacionalismo en Baja California durante la segunda guerra mundial”, *Estudios Fronterizos*, núm. 27, enero-junio 2013.

Introducción

A finales del siglo XX, periodistas, escritores y científicos sociales de Baja California discutieron la existencia del antichilanguismo. En el límite de las demandas legítimas y la incorrección política, el movimiento fue una respuesta conservadora ante un momento de transición cultural. En Tijuana, Ensenada y Mexicali, algunas publicaciones en papel describieron una serie de comportamientos de la población. Esta investigación consistió en la búsqueda de los textos relativos al “antichilanguismo” en las publicaciones de la época. La predominancia, al interior de los discursos aquí expuestos, de motivaciones políticas y electorales, creó un antecedente para quienes se pronunciaron en contra de los políticos “chilangos”.

A principios de 1990 comenzó a agotarse la representación del Partido Revolucionario Institucional (PRI) entre los electores de Baja California. Literatura, periodismo y ciencias sociales coincidieron en explicarlo, participando ellos mismos en la definición del problema cultural de una violencia simbólica de la violencia contra los chilangos, que se volvió explícita (Campbell, 1987b).

El movimiento antichilango se fundó en hechos aislados y en la caricaturización de algunos aspectos de la realidad político-cultural. En Baja California, este fenómeno fue puramente “anecdótico” (Valenzuela, 1987, p. 19). El análisis específico de la migración capitalina mostró las bases imaginarias sobre las que se montó. Según el cálculo de la tendencia migratoria de las personas nacidas en el Distrito Federal que residieron en “provincia”, los demógrafos explicaron “el no siempre amigable recibimiento del que han sido objeto [los *chilangos*]” como parte de sus condiciones laborales y educativas (Browning y Corona, 1995, p. 17). El cuadro 1 muestra cómo en Baja California la población nacida en el Distrito Federal aumentó considerablemente, pero su peso demográfico jamás fue un volumen significativo. El movimiento imaginó algo menor a lo real.

Cuadro 1. Población total de Baja California según lugar de nacimiento, 1970-1990

Año	Baja California		Distrito Federal		Otra entidad*		Población total
	Frecuencia	%	Frecuencia	%	Frecuencia	%	
1970	511 608	58.77	13 314	1.52	331 813	38.12	870 421
1980	632 525	53.70	25 275	2.14	489 715	41.57	1 177 886
1990	842 893	52.65	57 648	3.60	690 082	43.10	1 600 855

Fuente: IX, X y XX *Censos de población y vivienda*, disponibles en www.inegi.org.mx.

*El cuadro no incluye datos de extranjeros ni registros no especificados.

Como se observa en el cuadro 1, el mayor flujo migratorio a Baja California perteneció al resto de entidades antes que a la capital. En consecuencia, la proporción de migrantes del Distrito Federal fue menor a la de nativos e incluso de otros lugares.

Según estimaciones, para 1992 habían migrado 660 956 personas nacidas en el Distrito Federal, pero no a ciudades como Tijuana o Mexicali. Los investigadores infirieron que “aunque los capitalinos se han ido a todo el territorio nacional, sus lugares de destino se concentran en la parte central” (Browning y Corona, 1995, pp. 16-17); o lo que es lo mismo: migrar a la región fronteriza no fue primera opción.

El testimonio histórico de la literatura, el periodismo y la investigación de ciencias sociales producidas en Baja California definieron el rumbo de las percepciones sobre el movimiento. La interpretación del contenido textual de lo “chilango” permitió analizar los discursos bajo el hecho de que “no existe un mensaje o enunciado que posea significado por sí mismo” (Vizcarra, 2012, p. 86). La aparición de la palabra en la prensa, literatura e investigación especializada determinó el contexto de interpretación, y la naturaleza anecdótica lo construyó a partir de experiencias individuales. Tijuana, Ensenada y Mexicali fueron escenario, al crearse un tipo de “opinión pública” y ello sólo significó que “a través de los medios [es] como se hace la política contemporánea” (Vizcarra, 2012, p. 17). El contexto fue consustancial al nacimiento de centros de enseñanza superior e investigación, así como de un mercado editorial.

A lo largo del artículo destacarán periodistas como José León Toscano, Jesús Blancornelas e Ignacio Aguirre. Desde el Distrito Federal, el semanario *Proceso* dedicó algunos reportajes al movimiento. Revistas culturales como *Nexos*, *Cultura Norte* y *Esquina/Baja* son buenas fuentes acerca del asunto. Incluso las publicaciones científicas como *Frontera Norte* y *Estudios Fronterizos* divulgaron hallazgos. Por las páginas de todas estas impresiones periódicas aparecieron textos firmados por científicos sociales de la entidad, pero también de cronistas y escritores: desde Tijuana, el promotor cultural Leobardo Sarabia (1991 y 1995), y de Mexicali, Gabriel Trujillo (2000). Aunque la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) abrió sus puertas hasta 1957, la creación, en 1982, del centro que después derivó en El Colegio de la Frontera Norte (El Colef), promocionó a la primera generación de sociólogos e investigadores nativos especialistas en la política y cultura fronteriza (véanse Valenzuela, 1987, 1998; Espinoza, 1995).

El antichilanguismo fue un fenómeno de papel, ya que era movimiento de opinión pública. Los diarios y semanarios, al igual que las publicaciones literarias, científicas y de divulgación, formaron una red impresa que reflejó, desde su heterogeneidad, una cierta “identidad regional”.

El antichilanguismo también fue un movimiento que ocurrió más allá de Baja California. Expresiones del mismo se intensificaron en Hermosillo, Sonora (Ruiz, 1989) y Ciudad Juárez, Chihuahua (Vila, 2000). El malestar provocado por el arribo de políticos y burócratas del Distrito Federal fomentó sentimientos regionalistas, expresión última de la identidad definida de manera local. Desde la observación teóricamente guiada, el regionalismo implicó representaciones mentales y manipulaciones simbólicas del territorio, cuyo propósito es legitimar divisiones y grupos en el poder (Rivière, 2003, pp. 167-168). Estas representaciones construyeron estereotipos que reflejaron situaciones concretas. Las críticas asociadas a los abusos de poder presidencial y del control político e institucional denominado “centralismo” construyeron las fases tempranas del movimiento. Aunque resulten fenómenos culturales más o menos semejantes, para fines de este trabajo distinguiré *nativismo* de *regionalismo* y de *centralismo*, como concepciones previas que reforzaron el estereotipo de “chilango”. El primero se define como “una corriente ideológica que rechaza las corrientes migratorias, en pos de defender a los pobladores nativos” (Gruel, 2013, p. 154). Regionalismo, en cambio, es “una identificación gregaria, síntesis sumaria ante lo lejano o sentimiento de pertenencia” (Félix, 1987, p. 20).

La política antichilanga operó como síntesis de rechazo al orden impuesto por el centro del país. El antichilanguismo abrevó de diferentes tradiciones para codificar su agresivo anonimato, por tal motivo, accederé a cada una de ellas por separado, para demostrar su no-espontaneidad.

Sin la expresión anticontralista, sin la ideología nativista y una cultura regional, no habría existido la crítica antichilanga. Los tiempos coincidieron con el fortalecimiento del Partido Acción Nacional (PAN) en la entidad. Dicho partido “venía contribuyendo a politizar a la población a partir de la crítica a la mala administración y [...] a la corrupción”, pero especialmente recurriendo a la idea “regionalista” (Hernández, 2001, p. 91).

La múltiple expresión de nativismo, regionalismo y antichilanguismo consistió, de manera conjunta, en representar a los migrantes del Distrito Federal como miembros de “arribismo político”. La percepción fue que el gobierno de Baja California era “botín de aves de paso” (Sández, 1979, p. 134).

Los chistes y críticas que acompañaron a la palabra “chilango”, antes que una etimología o un gentilicio, eran insultantes (Ruiz, 1989; Vila, 2000). Como lo presentaré en la última sección del artículo, el contexto en el que se utilizó fue en la prensa y en el gobierno, en especial, en las pugnas entre partidos.

El régimen priista y las críticas periodísticas

La proliferación de discursos regionalistas se nutrió de un estilo particular de periodismo. Las expresiones más visibles de la ideología regionalista fueron un género informativo en el que cupieron bromas y chistes de crítica al PRI. Un ejemplo de este género humorístico fue un periódico de baja circulación: *La Comadre de la Cotorra*, cuyo director fue fundador del PAN en Ensenada, José León Toscano, conocido también como “El Cotorro”. Dirigió varios proyectos editoriales clausurados y censurados por los gobiernos priistas. Como señaló una historiadora e hija de él, a través de la vida y obra de su padre se accede a eventos nacionales y regionales “poco estudiados”. Nacido en Colima, se estableció en Baja California en 1942, formándose al poco tiempo “esta *identidad de bajacaliforniano* que [...] fue adquiriendo conforme se fue arraigando” (León Velazco, 2003, pp. 113-114; énfasis añadido).

En diciembre de 1970 se reunió el Consejo Nacional del PRI para nombrar al nuevo “presidente interino del partido, el profesor Manuel Sánchez Vite” (Lomelí, 2000, pp. 407-408). Entre los resultados que repercutieron en el país, además del reclutamiento de cuadros políticos regionales, estuvo el limpiar la imagen del partido entre la juventud mexicana. El reclutamiento de nuevos actores provocó el regreso a Baja California de la vieja demanda del gobernador nacido en la entidad.

En vísperas de las elecciones de 1971, el chiapaneco Milton Castellanos pensó que el presidente Luis Echeverría Álvarez promovería a un “candidato nativo” para gobernador de Baja California (Castellanos, 1994, p. 272). La usanza de la época era que el presidente postulaba al militante priista, funcionario o secretario de Estado predilecto. En correspondencia a esta decisión, el apoyo partidista a la candidatura sería incondicional, quedando al albedrío del “destapado” la integración del gabinete en caso de triunfar. Así, Echeverría escogió a Milton como candidato del PRI al gobierno de Baja California.

La lealtad partidaria fue un valor importante, y **más aún cuando hubo una amistad** de por medio: ambos se conocieron con Rodolfo Sánchez Taboada, dirigente nacional del PRI y ex gobernador del Territorio Norte de Baja California (Castellanos, 1994, p. 108; Blancornelas, 1997, p. 51). Desde las filas de la oposición panista, León Toscano criticó este y otros “destapes”:

El Lic. Manuel Sánchez Vite abrió nuevamente las puertas para que cualquier *jijo* [sic] de vecino, de otra parte del país, venga a ser el próximo *gober* de Baja California, y aunque hay algo así como unos quinientos robolucionarios [sic] nativos de Baja California, dispuestos a sacrificarse por su pueblo y aceptar la carga [...]

Sánchez Vite dijo en una entrevista de prensa que el bueno tendrá que reunir estos atributos: arraigo y militancia [...] Definió el arraigo como conocimiento pleno de los problemas y los “problemas se pueden conocer en poco tiempo y no necesariamente estando aquí”. En cuanto a la militancia no tiene que ser necesariamente de Baja California. (León Toscano, 1971, p. 8).

La Comadre de la Cotorra fue un periódico inconstante de elaboración rústica —en un domicilio particular— con una distribución dispersa. Desde Ensenada circulaban los ejemplares hasta Mexicali y Tijuana o San Luis Río Colorado, Sonora, siendo su principal mérito transmitir el sentir y el pensar de los bajacalifornianos. “De manera humorística”, apunta su hija, “la principal atracción de su periódico fue llevar a un lenguaje llano sucesos políticos” (León Velasco, 2003, p. 119).

No cabe duda de que el lugar de nacimiento de los servidores públicos resultaba importante, debido a que los partidos políticos comenzaron a servir de plataforma para los militantes deseosos de hacer carrera. Este hecho fue estudiado en retrospectiva por una analista electoral: “La actitud de los delegados nacionales del PRI”, escribió a propósito de los años previos a 1989, “que se imponían desechando la experiencia de los grupos locales, motivaron que aflorara el *antichilanguismo*” (Campuzano, 1995, p. 43; énfasis original).

El arribo de migrantes pertenecientes a la clase política y burocrática acarreo serias dudas sobre su capacidad para enfrentar los problemas locales como, por ejemplo, los servicios públicos (agua, vivienda, “cartolancias”, vialidades).

El presidencialismo mexicano, expresión última del centralismo nacional, ofreció a los militantes priistas el control de puestos públicos siempre y cuando mantuvieran ordenada la entidad adscrita, es decir, cada gobernante debió “resolver los problemas antes de que llegaran a la federación” (Hernández, 2008, p. 50). De este modo, la problemática que enfrentaron los “robolesionarios nativos” —según León Toscano (1971)— fue que las autoridades promovieron a otros actores. Sin embargo, el discurso que enfatizó la representación previa al antichilanguismo fue la acusación, casi un reclamo anticipado, de la postulación de “cualquier *jijo* de vecino”. Las críticas de *La Comadre de la Cotorra* fueron testimonio de la (nula o inexistente) legitimidad de algunos de los actores reclutados por el priismo.

Cuando Echeverría y Castellanos concluyeron sus respectivos mandatos, de manera continua, durante gran parte de la década de 1980, se confirmó la debacle del PRI en Baja California (Campuzano, 1995; Valderrábano, 1990). Por ello es importante observar cómo una vez electo gobernador, Castellanos anticipó el problema de crear a su propio gabinete. Consciente de las inquietudes nativas, compartió con autoridades centrales la “preocupación [por] hacer justicia a los jóvenes

nativos de BC”. A pesar del consentimiento presidencial para incorporar a quien quisiera, el chiapaneco enfrentó otros asuntos:

Pero no sólo era el que fueran nativos la única característica que me había fijado, sino que además, pretendía que mis principales colaboradores [...] contaran ya con casa propia en Baja California, para acreditar su arraigo. Naturalmente, no podía ser totalmente rígido ni en el nativismo ni en lo referente a tener casa propia, pues mi autolimitación no debía privarme de utilizar, excepcionalmente, a elementos valiosos que carecieran de estas características, pues quien sufriría por la rigidez podría ser el propio estado. (Castellanos, 1994, p. 297).

El acercamiento histórico a un fragmento como el anterior necesita una distancia crítica, y aunque la construcción del *ethos* político demanda autocontrol —un gobierno de sí mismo—, traduzco estas palabras como reiteración de estatus autoritario. El gobernador electo razonó en los términos del Estado, antes que en los gubernamentales, encontrando “afortunadamente al grupo de nativos y de bajacalifornianos [...] Su arraigo, tal y como yo lo concebía, estaba probado” (Castellanos, 1994, p. 297).

Milton Castellanos, aunque “siempre rehuía este tema y opinaba que *esto todavía era prematuro*”, resultó uno de los políticos más respetuosos de los ideales del nativismo, integrando a su administración “80% de elementos nativos del estado, capaces y que le dieron prestigio” (Sández, 1979, p. 139).

La administración de Castellanos lidió contra los abusos de autoridades federales que entregaron la superficie urbana de Tijuana a empresarios del Distrito Federal (Piñera, 2011, pp. 184-185). La irregularidad catastral del Club Campestre de Tijuana, así como del fondo legal de áreas completas de la ciudad, fue aprovechada como una ventana de oportunidades “para obtener pingües ganancias” en beneficio de un “grupo de influyentes” —para más señas, “chilangos”— cercanos al ex presidente Miguel Alemán (Piñera, 2011, p. 179).

El problema ocurrió cuando un juez capitalino decretó “la insólita orden de que se le hiciera entrega a Inmuebles Californianos, S.A. de [toda] la superficie en que está asentada Tijuana” (Piñera, 2011, p. 180).

Una de las decisiones centralistas que más desencantó a los electores de Baja California ocurrió el último año del gobierno de Echeverría. El motivo fue “el destape” del candidato a la gubernatura, sucesor de Castellanos, Hermenegildo Cuenca.

En noviembre de 1976, la sociedad bajacaliforniana no sólo sufrió la devaluación del peso, sino que la decisión provocó “un cortocircuito [...] Sin pedirle la opinión ni al gobernador [...] ni al presidente entrante, José López Portillo, Echeverría designa al general Cuenca” (Trujillo, 2000, p. 360).

En el terreno electoral, en 1959, Cuenca persiguió al candidato del PAN a la gubernatura, Salvador Rosas Magallón, y violentó al resto de electores panistas (Valderrábano, 1990, pp. 22-23). Al expediente del militar deben añadirse las “acciones en contra de los residentes del río Tijuana”, por lo que contó con la oposición de “un número significativo de integrantes del PRI” (Mungaray y Samaniego, 2006, p. 220).

Hermenegildo Cuenca, nacido en el Distrito Federal, dio comienzo a su campaña en poblados del municipio de Ensenada. La postulación del entonces secretario de la Defensa Nacional coincidió con la inauguración del medio que más difundió el antichilanguismo: el diario *abc Tijuana* (Hernández, 1984:8; Trujillo, 2000, p. 361). No fue la primera ocasión en que el director, Jesús Blancornelas, oriundo de San Luis Potosí, trabajó en el periodismo local. De 1964 a 1970 cubrió notas de Mexicali para *La Voz de la Frontera*, hasta que Milton Castellanos y otros inversionistas compraron el periódico.

Temeroso de la represión política, Blancornelas se trasladó hasta Hermosillo, Sonora, siguiendo la administración de Carlos Armando Biebrich en *El Imparcial*. En 1976 regresó a Baja California a los últimos meses del gobierno de Castellanos.

La historia sobre la prensa bajacaliforniana destacó el protagonismo que cobraron Blancornelas y su colaborador más cercano, Héctor “el Gato” Félix Miranda. Ambos confrontaron la candidatura de Cuenca, muerto en ésta de un “ataque al corazón” (Trujillo, 2000, p. 363). La muerte del destapado provocó que “políticos priistas y panistas” manifestaran ciertas simpatías y celebraran el triunfo y candidatura del senador y empresario Roberto de Lamadrid. Al respecto, Blancornelas, al frente del periódico “*abc Tijuana* cree que, ahora sí, la libertad de expresión está ganada” (Trujillo, 2000, pp. 363-364).

Por su parte, Félix Miranda, inspirado por *La Comadre de la Cotorra*, comenzó a escribir la columna “Un poco de algo” —misma que sobrevivió hasta el semanario *Zeta* en 1980—, “línea crítica del PRI” (Mungaray & Samaniego, 2006, p. 222). Durante los gobiernos de Lamadrid y Xicoténcatl Leyva Mortera despegó la popularidad de “el Gato”. El escritor tijuanaense Federico Campbell lo recordó “sardónico, satírico [...] se burlaba, se reía, se pitorreaba, sin el menor recato, libérrimo, del gobernador” (citado en Trujillo, 2000, p. 398; véase también en Salinas, 2012, p. 80). Siguiendo la tradición de León Toscano, Félix Miranda se burló del presidente.

Cuatro años antes de morir asesinado (véase la reconstrucción de hechos en Blancornelas, 1997, pp. 104-131; Salinas, 2012, pp. 89-103), Félix Miranda concedió una entrevista. La insustancial importancia del entrevistado radicaba en que

instó al antichilanguismo (Campuzano: 1995, p. 42; Félix, 1987, p. 22; Mejía, 1991, p. 75; Salinas, 2012, p. 74; Sarabia, 1991, p. 51; Trujillo, 2000, p. 400). Fue claro al respecto: “Nunca he tenido la osadía de llamarle periodismo a lo que escribo”, dijo Félix Miranda; en realidad lo que publicaba era “una forma de expresión personal que vino a romper ciertos moldes” (Hernández, 1984, p. 9).

Además de la ruptura con el canon, otra de las declaraciones del entrevistado —natural de Choix, Sinaloa— consistió en disociar su nombre y apellido del sobrenombre para deslindarse de opiniones concretas. Abusando del recurso paratextual del seudónimo, uno de los apologistas visibles del movimiento relativizó la construcción de su discurso. “A veces escribe el *Gato*, otras Héctor Félix Miranda”, confesó a otro periodista (Hernández, 1984, p. 13).

Aunque fuera ambiguo para un medio informativo como el semanario *Zeta* —que se preciaba por su imparcialidad—, “el Gato” fue célebre en Tijuana. Roberto de Lamadrid, “me mandaba recados de que yo siguiera chingando al general [Cuenca]; que siguiera haciéndole bromas al viejito”; incluso el propio Milton Castellanos “se carcajeaba cuando hablaba de Cuenca, pero cuando le tocaba a él se ponía muy serio” (Hernández, 1984, pp. 26 y 28).

El entrevistador cuestionó a Félix Miranda sobre su práctica informativa las siguientes frases: “lo hago para provocar la reacción de la gente [...] para satisfacer el morbo [...] la curiosidad por ver qué mala palabra va a poner el *Gato*. Yo soy el instrumento nada más” (Hernández, 1984:24). La columna “Un poco de algo” fue un espacio sujeto a diversos registros. Las variaciones discursivas se debieron a la agenda y estado anímico del autor.

“No hace mucho”, anotó un periodista del Distrito Federal que radicó en Mexicali desde 1940, “se desató una andanada de ataques en contra de los habitantes del DF, a quienes les han endilgado el mote de *chilangos*” (Aguirre, 1986, p. 11; énfasis añadido).

Claramente, aunque el periodista identificó cierto rechazo hacia los migrantes en Tijuana o Mexicali, evadió el tema ubicando otro contexto más crucial: la insistencia del gobierno de Estados Unidos de comprar la península de Baja California. Lo anterior desprendió una serie de suposiciones acerca de las ventajas que recibirían los fronterizos: “la carta de ciudadanía”, “un billón de dólares”, etcétera. Desde luego, todo fue desmentido.

El periodista condicionó la defensa a “las campañas de nacionalismo” que el priismo dispuso “en contra de un posible despojo” de la península (Aguirre, 1986, p. 11). El temor estuvo anclado en que Estados Unidos cobraría la deuda externa con Baja California.

Desde finales de la segunda guerra mundial, los periodistas cerraron filas contra la compra de territorio nacional (Gruel, 2013, pp. 158-162). Aunque no fue la primera ni la última ocasión en que la prensa de México y Estados Unidos reprodujo dichas intenciones, el gremio periodístico agrupó esfuerzos para contrarrestar las cortinas de humo.

Más allá de sospechas, Aguirre desmitificó los fundamentos del antichilanguismo y señaló el control político “de la presencia de estos paisanos míos, [que] no es sino una medida muy necesaria para detener las ambiciones de ciertos grupos” (1986, p. 11).

Aunque también residir en Baja California por más de cuarenta años modificó su perspectiva, el periodista parece compartir los estereotipos del antichilanguismo. Este distanciamiento con “sus paisanos” se ilustra en la opinión que hizo sobre el terremoto de septiembre de 1985: “El sismo, dejó a su paso, dolor y muerte”, expresó sobre la conmoción nacional: “El latigazo dejó de golpear la espalda morrena de los metropolitanos [...] Esa rara población de millones no son después de todo, tan deshumanizados” (Aguirre, 1985, p. 11). Esta representación no sólo involucró un aspecto fenotípico de los “metropolitanos” —claro eufemismo de “chilangos”—, sino la irrupción de una conciencia ciudadana derivada del terremoto de 1985.

El antichilanguismo fue una construcción múltiple de periodistas, literatos e investigadores. El patrón que mantuvo la existencia en papel del movimiento captó varias percepciones. Al igual que Aguirre, los representantes del periodismo foráneo percibieron y documentaron irónicamente el movimiento. “Después de unos días en la zona fronteriza, la presión te obliga a hablar mal de la ciudad de México”, pensó un reportero, “todo para que los norteros no tengan pretexto para sentir que los insultas con tu sola presencia” (Mejía, 1991, p. 75).

En 1991, una de las revistas más importantes de la capital dedicó un número a la frontera norte. El texto central fue un reportaje de Fabrizio Mejía con entrevistas a periodistas renombrados e investigadores del El Colef y la UABC. La corresponsalía de *Nexos* se limitó a divulgar relatos de la prensa y académicos, de un modo subjetivo y controversial:

Los norteros son regionalistas y los otros, centralistas [...] los norteros han construido con esfuerzo su región, los *guachos* son prepotentes porque exigen del Norte las comodidades que tienen en el DF [...] Del DF vienen los juicios, los criterios, los imperativos, del Norte sólo beneficios [...] Esta pesadilla llevó al Gato Félix a una conclusión lógica: *Haz patria, mata a un chilango*. (Mejía, 1991, p. 76; sin énfasis).

La referencia a “el Gato” reveló que cuando se trataba del antichilanguismo, los caminos condujeron a las instalaciones del *Zeta*. Con burdas observaciones, *Nexos* reprodujo una visión exótica de Tijuana, Reynosa y Ciudad Juárez. La mezcla de observaciones subjetivas, divulgación académica y paisajes literarios destacaron los aspectos más negativos del horizonte fronterizo, reflejando que los marcos periodísticos comenzaron a cambiar. Lo cierto es que los medios tendrían que seguir investigando más en profundidad todos los secretos que las ciudades fronterizas ocultaban. No en vano los columnistas de Tijuana o Ensenada firmaban con seudónimos de animales, casi como una caricatura de sí mismos.

El campo literario

Durante la década de 1980 prosperaron publicaciones culturales en las que colaboraron escritores, pero también científicos o editorialistas. La creación del Instituto de Cultura de Baja California (ICBC) entre 1989 y 1990, por parte del gobernador suplente, Óscar Baylón Chacón, benefició a la industria editorial (Piñera, 2011, p. 210). *Tinta* fue una revista que presentó una discusión centrada en la dinámica política y cultural. El primer y único número incluyó algo de Gerardo Cornejo, cuentista y poeta, rector de El Colegio de Sonora (Campbell, 1987a, p. 15). Buscando sensatez ante un diálogo cruzado, el autor criticó a los “intelectuales” que no discutieron “el estado crítico de la economía mexicana [que] está teniendo sobre el desarrollo cultural, científico y educativo del país” (Cornejo, 1989, p. 6).

La crítica de *Tinta* denunció la política de masas. Antes que abanderar a la cultura popular, disintió de quienes “bombardean sin tregua la mentalidad de una población cada vez más escasa [...] de anticuerpos culturales” (Cornejo, 1989, p. 6). Cornejo reconoció el retorno “de recursos humanos formados, cultural y científicamente, en el centro”, e involucrando un “nosotros, los fronterizos”, argumentó que “no estamos solos en medio de un desierto cultural” (1989, p. 7). Asimismo, este autor describió un contexto en que migrantes y nativos compitieron por los recursos institucionales para la creación literaria, tema que, estudiado por un economista, resultó significativo para Baja California, pues los recursos para la cultura y las artes fueron escasos (García, 1993, p. 50). Cornejo evaluó y estimó los efectos de dicha circunstancia:

Este fenómeno no es de ninguna manera fortuito y obedece principalmente a dos razones fundamentales: el deterioro galopante de la gran [sic] Centro-Capital y la apertura de nuevos espacios en los estados del norte [...]. Todos reconocemos

la capacidad expulsora [del] DF [...] éstas, y algunas otras, son las razones que explican el hecho de que los recursos intelectuales de alto nivel estén regresando a sus estados nativos. Hay que agregar, además, aquellos que siendo originarios del DF deciden incorporarse a un centro de provincia. (Cornejo, 1989, p. 8).

Así, arribó al asunto central: el enfrentamiento de capitalinos y fronterizos. Tras enumerar bibliotecas y centros de investigación en Sonora, anotó que la enemistad también ocurriría entre los migrantes y élites nativas, caracterizadas por una “ideología trinitaria: regionalista ciega, antisuriana visceral, gringófila pueril” (Cornejo, 1989, p. 9). Los prejuicios encontraron un punto de emergencia en las características ideológicas de quienes se autodenominaron “nativos”. Lo anterior ejemplificó cómo algunas personas de Tijuana o Mexicali resintieron las secuelas del terremoto de 1985. El movimiento telúrico “provocó una [...] diáspora; llegaron cientos, miles”, y destacando efectos positivos, señaló, “esa migración activó perceptiblemente el comercio” (Sarabia, 1995, p. 490).

Sarabia fue editor de *Esquina/Baja*, publicación que además de ser una importante plataforma para intelectuales y académicos que reflexionaron sobre diferentes fenómenos fronterizos, impugnó “la insolencia paródica y despegada: Gente que recién llega y quiere descubrirnos y decirnos quiénes somos” (citado en García, 1992, p. 204). Este manifiesto coincidió con el nativismo al reivindicar el ámbito local; ello supone que incluso entre individuos reflexivos, críticos del movimiento, persistió la “identidad bajacaliforniana que rechaza imposiciones foráneas” (Piñera, 2011, p. 190).

Pese a reconocer la derrama económica que produjeron los “chilangos”, *Esquina/Baja* tuvo una misión explícita: “contrarrestar el tamiz del DF” (García, 1992, p. 205). Sobre el antichilanguismo, el editor de *Esquina/Baja* escribió:

En Tijuana prosperó el rechazo a forasteros que tuvo momentos casi de violencia. Fue una campaña injusta y artificial, que mucho se apoyaba en la columna de Héctor Gato Félix Miranda [...] El Gato movilizó el rencor siempre disponible de la clase media [...] El antichilanguismo fue una presencia concreta en la ciudad: muchos especularon: es una respuesta defensiva de los locales que se sienten oscuramente amenazados, otro más inteligentes (o con tiempo disponible) diseñaron teorías que explicaban un detalle las causas del fenómeno. (Sarabia, 1995, pp. 489-490).

La clara distinción que estableció entre el oficio periodístico y el literario dotan al fragmento de un carácter particular. Situándose en medio, Sarabia se limitó a consignar lo ocurrido, pero cabría preguntarle a quiénes atribuyó inteligencia y

disponibilidad de tiempo, además de la caracterización teórica. Los interpelados no fueron otros más que los colaboradores de *Esquina/Baja*, e incluso en algunos casos, miembros de la mesa de redacción y del comité editorial.

Aunque por las páginas de la revista aparecieron Carlos Monsiváis o Roger Bartra, fueron los propios tijuanaenses quienes avivaron la discusión. La mirada de *Esquina/Baja* sobre el movimiento recurrió a un elemento emocional. La teorización mostró las subjetividades detrás del “fuerte sentimiento regionalista” (Félix, 1987, p. 20), y el propio Sarabia agregó que el “fenómeno social” constituía un “sentimiento chouvinista [sic] expresado en las ciudades del noroeste” (1991, p. 51). Ambos coincidieron en señalar a Félix Miranda como fuente de tales “sentimientos”. Desde la crónica y ensayismo, Trujillo (2000, p. 400) y Félix Berumen (1987, p. 22) desmontaron el procedimiento: los “chilangos” era “chivos expiatorios” de los grupos de poder.

Las licencias literarias de quienes escribieron sobre el tema se fueron reduciendo. La perspectiva cultural procurada por los literatos —como siempre— no profundizó en las fuentes utilizadas. Cercanos al ensayismo y otros géneros de opinión, la reflexión de que la literatura era financiada por la UABC y el gobierno —a través del ICBC—, reparó en la forma más que en la información. Aunque las libertades para describir el movimiento se limitaron a experiencias individuales, el juicio elaborado desde el ensayismo fue intrascendente.

La construcción académica

En noviembre de 1988, Manuel Camacho Solís, a la sazón secretario general del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, financió una encuesta sobre tendencias electorales en Baja California.

Mucho antes del “destape” de los candidatos del PAN y PRI, la investigación, denominada “Confirmación de una realidad sociopolítica de Baja California [...] fue encargada a cuatro institutos de la UABC” (Campuzano, 1995, p. 35).

Los resultados de la encuesta revelaron que un político de oposición ganaría la gubernatura. Este hecho no sólo expone la participación de científicos sociales en la política fronteriza, sino que también corrobora el énfasis gubernamental que dieron a sus problemas de investigación.

La consumación de las ciencias sociales en Baja California a principios de 1980 confirmó un acercamiento a la población nativa y migrante que escritores y periodistas no realizaron. La publicación de un libro sobre la “identidad regional” en Tijuana documentó —tal vez sin proponérselo— las actitudes antichilangas apenas

sugeridas por *Nexos, Proceso o Esquina/Baja*. Los testimonios del libro fueron resultado de la colaboración entre El Colef y el Centro de Estudios Tepiteños, del Distrito Federal. El sociólogo Alberto Hernández (junto a Mayo Murrieta) entrevistó a viejos residentes de Baja California. Así, *Puente México. La vecindad de Tijuana con California* (1991) dio con el anclaje simbólico y discursivo del movimiento antichilango, pues su enfoque micro enfatizó la construcción de identidades a partir de la interacción entre diversos actores.

La investigación de Murrieta y Hernández analizó a la gente de Tijuana en calidad de anfitriones de turistas de México y Estados Unidos. Al narrar el arribo de migrantes y turistas entre 1928 y 1944, los entrevistados reflejaron la confección local de estereotipos. Así, en la frontera se construyó uno destinado a los visitantes de la capital: “Los que venían del DF se creían muy superiores”, confesó Raymundo Carrión, refiriéndose en términos comerciales y “desenvolvimiento social”, pues tenían mejor “oficio”. Enfatizándoles un complejo de superioridad, el sonorense comentó: “Se creían muy superiores, y de ahí empezaron a crearles aversión” (Murrieta y Hernández, 1991, p. 54). La atribución del complejo de superioridad remitió entonces a un psicologismo en desuso.

A pesar de que la evidencia sea esencialmente anecdótica, la argumentación microhistórica otorgó un tono confiable a los datos recabados por Murrieta y Hernández (1991, p. 190). En la entrevista, Raymundo Carrión ubicó la década de 1940 como el momento en que “se notaba la invasión de personas del DF”. Persistiendo un afán de distinguirse, “decían: *venimos de la capital, una población muy grande [...] aquí es un chiquero*” (Murrieta y Hernández, 1991, p. 55; énfasis añadido).

En efecto, al concluir la segunda guerra mundial, en 1945, los editoriales periodísticos contribuyeron al “anclaje simbólico” de la “rivalidad imaginaria con [...] políticos capitalinos” (Gruel, 2013, p. 169). Cuarenta años de objetivaciones periodísticas, aunados al incremento migratorio y la creciente urbanización de las ciudades fronterizas, fomentaron la creación de actitudes antichilangas.

“Hasta la fecha”, reflexionó otro entrevistado, “Tijuana sigue aguantando la avalancha migratoria del centro del país” (Murrieta y Hernández, 1991, p. 58).

Al igual que el resto de entrevistados para *Puente México*, Raymundo Carrión recordó nostálgico los días de la migración internacional a Tijuana cuando arribaban “árabes, coreanos, más gringos [...] pero también llega del sur. La gente que vino de fuera ya absorbió a la nativa” (Murrieta y Hernández, 1991, p. 59).

Escéptico sobre el nativismo, el entrevistado compartió la extrañeza que la urbe le provocó a setenta años de su arribo. La estructura urbana de Baja California reflejó diversos flujos migratorios. A partir de varios ejemplos, aseveró: “A los ha-

bitantes del DF [...] en Tijuana les prodigamos una atención completa”, pero éstos fueron irrespetuosos con los anfitriones (Murrieta y Hernández, 1991, pp. 92-93).

Los testimonios de *Puente México* mostraron un periodo en que la construcción de estereotipos estuvo determinada por el entrecruzamiento de miradas centro-periféricas. “El *chilango* no tenía injerencia en la vida de BC. Eran pocos”, confesó Abelardo Plascencia, quien explicó su presencia a partir de la descentralización económica y política que produjo que numerosas empresas llegaran a Tijuana, Mexicali o Ensenada. “La agresión motivada la siento desde 1980, generalizada ya, pero este fenómeno [antichilango] se percibe desde una década atrás” (Murrieta y Hernández, 1991, p. 93). La reflexividad del testimonio de Abelardo Plascencia cuestionó el núcleo estereotípico del movimiento:

A ellos también les afectan esas actitudes de vana autosuficiencia. Ese es nuestro choque de bajacalifornianos [...] “No te rechazo porque eres de la ciudad de México, te rechazo por tu comportamiento *chilango*, que no es bueno para Tijuana o San Diego” [...] Nos hemos topado con esa incomprensión [...] nos lo echan como un buscapiés. (Murrieta y Hernández, 1991, p. 94; énfasis añadido).

En efecto, una manera de pensar los estereotipos es como “explosivos”, de ahí su intrínseca violencia simbólica.

En entrevista para *Cultura Norte*, órgano editorial del Programa Cultural de las Fronteras, el investigador chihuahuense Jorge Bustamante confrontó ideas como las de Abelardo Plascencia o Raymundo Carrión. Las palabras del entrevistado fueron relevantes, ya que creó en 1982, desde El Colegio de México, al Centro de Estudios Fronterizos sobre el Norte de México (Cefnomex), institución que cambió a El Colef y mantiene diversas sedes (Piñera, 2011, pp. 200-201).

Especialista en migración internacional, Bustamante analizó las tensiones entre centralismo y regionalismo. Para los fronterizos, la percepción más problemática de la migración fue la de los migrantes “que proceden de la capital del país”. El entrevistado agregó:

En relación con el rechazo o reserva hacia los capitalinos [...] ello no es gratuito, sino que se debe en parte a actitudes de prepotencia o porque los ciudadanos actúan como si supieran más que los propios fronterizos sobre problemas y soluciones en sus comunidades. Quisieron ir a imponer sus esquemas de vida, incluso con arrogancia, lo que propició que en torno de ellos, los *chilangos*, se creara una visión estereotipada [...] esa antipatía hacia la gente de la Ciudad de México se puede achacar al centralismo gubernamental. (Aguilar, 1987, p. 22; énfasis añadido).

La presencia de las ciencias sociales en la frontera permitió que emergiera otra visión legítima. La vocación comprensiva de los científicos sociales aceleró el surgimiento de distintas voces entre las cuales ya no sólo estuvieron periodistas, empresarios, políticos o literatos. Los académicos acusaron de “arrogantes” a los “chilangos”, cobrando así un papel en la sociedad. Sin embargo, la profesionalización de los científicos sociales fue lenta. Entre 1976 y 1980, Víctor Alejandro Espinoza cursó sus primeros estudios universitarios en Mexicali, en la UABC. Los profesores de las licenciaturas en sociología, administración pública y ciencia política “usaban el pelo largo. La mayoría había estudiado fuera del estado, lo que les confería mayor prestigio” (Espinoza, 1995:40). Esta distinción provocó que los profesores “locales” se enfrentaran a los “fuereños”, en un ambiente definido “por la actitud provinciana”. Aunque algunos de estos profesionistas de Baja California estudiaron en el Distrito Federal, parece tratarse de otra clase de estudiantes, distintos, por ejemplo, a los de la Asociación de Estudiantes Bajacalifornianos en Monterrey.

Nacido en Tecate, el autor reflexionó sobre estas diferencias:

En lo académico, todo lo proveniente de la capital del país era recibido con una mezcla de odio y fascinación [...] La mayoría de estudiantes partíamos del juicio inequívoco de que en virtud de la concentración cultural y política característica de nuestra historia, lo mejor del pensamiento social provenía del DF. Y no es que todo lo local fuera rechazado y lo *chilango* aceptado acríticamente. Aprendimos a discriminar a los profesores buenos y malos, independientemente de su procedencia. (Espinoza, 1995, p. 40).

Luego de cursar un posgrado en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y otro en Europa, Víctor Alejandro Espinoza regresó a Tijuana para integrarse a la planta de académicos de El Colef. Al narrar su época estudiantil, señaló que el desarrollo estabilizador ofreció a las familias varias opciones de centros universitarios, en un ambiente marcado por “la contrastación con el centro. El DF seguía siendo el punto de comparación para nuestros romanticismos académicos” (Espinoza, 1995, p. 45).

El movimiento antichilango coincidió con un momento del devenir cultural de Baja California. Apenas existió una amplia oferta educativa, mayor fue la construcción de estereotipos (para cifras de población estudiantil y profesional entre 1971 y 1991, véase García, 1993, p. 51; para un amplio recuento de instituciones, Piñera, 2011, pp. 199-203).

La realidad fronteriza, en especial la educación superior, fue investigada por el Cefnomex y la UNAM. La metodología cuantitativa fue empleada por la historiadora

María Luisa Rodríguez Sala y su equipo de investigadores, quienes dirigieron la aplicación de una encuesta a 550 alumnos, 109 profesores y 162 profesionistas de Tijuana (Rodríguez, 1985, p. 71). El “enfoque semiológico” sirvió, en 1981, para diseñar un instrumento que atendió varios “núcleos de identidad”, relacionados con “héroes y personajes patrióticos” y con los dos polos de la construcción identitaria, es decir, “los otros” y la noción de “nosotros” (Rodríguez, 1985, p. 73). Las primeras conclusiones destacaron la presencia de los medios de comunicación, infiriendo los siguientes efectos del flujo migratorio: “A mayor número de años de residencia en la zona, mayor predominio de los niveles de identidad”, logrando un proceso de doble vía en la que extranjeros y nacionales, “en un auténtico sentido fronterizo que no rechaza [...] lo ajeno, sino que evaluándolo, lo incorpora” (Rodríguez, 1985, p. 77).

El artículo funcionó como un verdadero informe de investigación en el cual sólo resultaba pertinente delinear los planteamientos metodológicos, descuidándose la dimensión teórica detrás de la “identidad cultural” de los universitarios de Baja California. El énfasis en el diseño instrumental omitió ingredientes concretos, por ejemplo, cuáles fueron los “héroes patrióticos” abordados en los reactivos.

Pese a tales deficiencias, la propuesta analítica de María Luisa Rodríguez descubrió una dimensión pragmática de los fronterizos: **éstos retoman elementos culturales** de México y Estados Unidos para construirse a sí mismos. La idea anterior fue falseada y aceptada por Néstor García Canclini, filósofo argentino, junto a un equipo de fotógrafos y antropólogos del Distrito Federal (García, 1992, p. 191).

Entre 1985 y 1987, el autor de *Culturas híbridas* recurrió a la misma muestra de Rodríguez —estudiantes, profesores y profesionistas— para evaluar, de manera cualitativa, el Programa Cultural de las Fronteras, proyecto de la Secretaría de Educación Pública (SEP). Apostillando su discurso recurrente sobre la hibridación, reflexionó sobre los efectos imprevistos de la autonomía cultural al consolidarse identidades “cuya violenta autoafirmación promovió el *antichilanguismo*” en Tijuana (García, 1992, p. 206; énfasis añadido).

La expresión más extrema de antichilanguismo no ocurrió en Baja California, pero fue analizada por un investigador bajacaliforniano que opinó sobre lo ocurrido en Sonora. La mirada sociológica más vasta fue la de José Manuel Valenzuela, quien escribió a propósito de la primera víctima: “La muerte del niño Juan Israel Bucio [...] producida (directa o indirectamente) por su ubicación como *guacho* o *chilango*, debe ser analizada a partir de un marco que rebase [...] la nota roja” (1987, p. 19; énfasis añadido).¹

¹ La muerte fue producto de la golpiza que alumnos de una primaria de Hermosillo dieron al niño de nueve años. Federico Campbell (1987a) registró las versiones sobre la muerte del niño quien, proveniente de Michoacán, migró enfermo de cáncer. El escepticismo ante el caso fue de quienes

La distancia con la postura periodística es indicio de un método, es decir, procuró un conocimiento de segundo orden. Más de una década después, Valenzuela modificó el texto aparecido en *Cultura Norte* y lo reutilizó para *Nuestros piensos* (1998, pp. 90-96). Al prepararlo para su republicación, no dijo que apareció en la entrevista que concedió a Campbell (1987, p. 14) y que Monsiváis influenció su lectura del fenómeno.

La propuesta de Valenzuela fue estudiar “el impacto de la propagación de estereotipos”, al que los periódicos contribuyeron banalizando aquellas actitudes contrarias al “pretendido carácter que corresponde a los habitantes del DF” (1987, p. 19).

Al comparar la función estereotípica del antichilanguismo, Valenzuela destacó el origen del regionalismo norteño cuyo significado, cercano a las críticas al centralismo, avivó por igual la aversión contra los capitalinos. El análisis propuesto distinguió categorías de “raza” y “clase social” en la construcción de lo “chilango”, mismo que representó “la versión norteña del naco”, es decir, una “racista diferenciación” utilizada por las élites:

Debemos diferenciar entre el antichilanguismo tal como lo estamos señalando y lo que ha sido una actitud defensiva frente a la arrogancia centralista asumida por ricos, políticos y clase medieros del DF, que en no pocas ocasiones refuerzan el estereotipo [...] El estereotipo del chilango se ha basado en el prejuicio [...] El perfil multirregional del bajacaliforniano, no ha desarrollado redes de identificación tan poderosas como [...] las sonorenses. En Baja California la campaña no va dirigida contra el trabajador o el campesino migrante, ni tiene una clara connotación racista. (Valenzuela, 1987, pp. 19-20; véase también en Campbell, 1987b, p. 14).

Al igual que la explicación de Bustamante, la interpretación de Valenzuela presentó indicios de subjetividad: el hecho de que hubiera capitalinos que “reforzaran el estereotipo” confirma que los científicos sociales se involucraron activamente en la construcción del fenómeno. Finalmente, la connotación “racista” del movimiento sonoreño, en comparación con la de Baja California, se explica a partir de la expropiación de tierras en la década de 1970.² Por ello, el estereotipo sonoreño fue

argumentaron que falleció debido a que se golpeó tras convulsionarse. La otra postura, encabezada por familiares de la víctima, culpaba a los compañeros y profesores.

² El escándalo —bien documentado por Jesús Blancornelas— que acompañó la destitución del gobernador de Sonora, Carlos Armando Biebrich, en el último año del sexenio de Luis Echeverría, lo implicaba en el asesinato de 27 campesinos. La última maniobra del sexenio de Echeverría consistió en promover una invasión de tierras con gente del Bajío mexicano que se hizo pasar por “campesinos [...] la mayor parte de ellos [...] golfos de billar, o burócratas cesantes”, quienes cayeron en su conjunto “como una maldición, sobre el Valle [del Yaqui]” (Blanco, 1980, p. 278).

“guacho”, prejuicio fenotípico rural (Mejía, 1991; Ruiz, 1989; Campbell, 1987b; Valenzuela, 1987, 1998).

A diferencia de Baja California, la cobertura geográfica y estereotípica sonorenses cobró una amplísima generalización. Aunque las circunstancias entre un estado y otro fueron distintas, formaron parte del estereotipo común.

Incapaces de definir lo que estaba ocurriendo, los habitantes de Sonora y Baja California recurrieron a chistes y bromas para expresarse. Tal y como lo comentó Bustamante en la entrevista citada, a partir del centralismo y del presidencialismo, los fronterizos achacaron y generalizaron sus males a un “otro”, en este caso, un migrante “chilango” o “guacho”.

A pesar de conservar intacto su argumento, Valenzuela sólo agregó que el anti-chilanguismo fue una articulación de un tercer elemento, además del centralismo y el regionalismo. El sociólogo tecatense opinó que “durante los últimos años hemos observado la eclosión de expresiones *nativistas* que también construyen divisiones ficticias” (Valenzuela, 1998, p. 92; énfasis añadido). Tal y como se perfiló desde la malograda candidatura del militar capitalino Hermenegildo Cuenca, los eventos de dicha eclosión ocurrieron en las urnas.

La política antichilanga

“La decisión que tomó el pueblo bajacaliforniano en las últimas elecciones”, comentó un entrevistado a los investigadores de *Puente México*, vino a determinar “un cambio político nacional con el triunfo de Ernesto Ruffo Appel [...] tiene que ver con estas actitudes que abominamos [...] del *centralismo*” (Murrieta y Hernández, 1991, p. 94; énfasis añadido).

Para 1989, el cambio político se gestó en varios momentos. El estudio más sistemático sobre la historia y estructura del panismo en Baja California pertenece a Tania Hernández Vicencio (2001). El modo en que planteó la emergencia del partido enfatizó ideales nativistas que no estando emparentados —al menos de modo explícito— con lo antichilango, sí presentaron una “cultura anticentralista” en los diferentes militantes de Baja California, pues “común era la oposición al gobernador designado por el centro” (Hernández, 2001, pp. 28 y 35).

El gobernador que provocó tanta oposición fue Xicotécatl Leyva Mortera, quien habiendo ocupado la alcaldía de Tijuana de 1977 a 1980, conocía muy poco los problemas de la región, pues pasaba más tiempo en el Distrito Federal (Blancornelas, 1986a, p. 18). Abogado, notario público, militante priista, veracruzano de nacimiento, estudiante en la capital del país, Xicotécatl fue hijo de otro alcalde

priista de Tijuana, Xicoténcatl Leyva Alemán, primo hermano de Miguel Alemán (Valderrábano, 1990, p. 74).

Las circunstancias en las que padre e hijo arribaron al ayuntamiento de Tijuana fueron dudosas: “De nuevo la línea presidencial fue importante”, escribieron sobre la designación del hijo, “con el lema de *un lote para cada familia humilde*, [Leyva Mortera] le dio un marcado populismo a su campaña” (Mungaray y Samaniego, 2006, p. 223). Las decisiones de su gobierno provocaron un ambiente de corrupción e inseguridad, el cual fue documentado por el semanario *Zeta*. Al respecto, Blancornelas, quien escribió sobre narcotráfico y el cártel de los hermanos Arellano Félix, anotó: “El de Leyva Mortera fue un poder arrabalero, de pandilla”; repartió puestos entre priistas viejos e “invitó a sus *juniors* [...] Los trajo del DF, sin saber nada de Baja California” (1997, p. 60; véanse cargos, nombres y apellidos en Blancornelas, 1986a).

La crítica al centralismo no sólo fue la colocación estratégica de altos y medios mandos del PRI, sino al tráfico de influencias. Un político priista aseguró que la práctica de los “sobres lacrados” consistió en recomendaciones presidenciales para que alguien ocupara “algún puesto administrativo como si esta tierra fuera una oficina coordinadora” (Sández, 1979, p. 138). El malestar que provocó en la sociedad bajacaliforniana “el tráfico de influencias y las ineficiencias administrativas de los gobiernos priistas” (Campuzano, 1995, p. 21) se ilustra con el siguiente reportaje: “Nos abruma la *marea chilanga*”, anunció una nota sobre el arribo a Baja California de sindicalizados de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (Anónimo, 1986; énfasis añadido). Éstos, en calidad de servidores públicos, fueron “enviados por los titulares de la dependencia, [y] están desplazando a técnicos capaces y eficaces por otros que ignoran totalmente el medio agropecuario bajacaliforniano” (Anónimo, 1986, p. 39).

El contexto inmediato es importante para comprender la nota. Antes de asumir la alcaldía de Mexicali, Guillermo Aldrete Haas (nieto de Alberto V. Aldrete, empresario y gobernador en 1946) fue el representante de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos que resolvió el “problema de atender a cuatrocientos llegados del sur para ocupar plazas” (Anónimo, 1986, p. 39).

En 1989, *Esquina/Baja* solicitó a dos investigadores de El Colef elaborar el *dossier* “Baja California después de la batalla electoral”. Le tocó a Benedicto Ruiz, junto a José Negrete Mata, explicar el fracaso del PRI frente a Ernesto Ruffó Appel, recurriendo no sólo a explicaciones del tipo regionalista, sino a la teoría sociológica de las élites. Los investigadores aseveraron la existencia antagonica del “Grupo Mexicali” y del “Grupo Tijuana” (Ruiz, 1989, p. 25). Representante del tijuanaense,

Leyva Mortera fue el responsable de “las divisiones entre los núcleos de poder” en Baja California (Ruiz, 1989, p. 27). Aunque sea incierto que Leyva Mortera estuviera detrás de la intriga en Recursos Hidráulicos, las rencillas en el PRI local se reflejaron en confrontaciones directas entre el gobierno estatal y los presidentes municipales.

Al concluir la década de 1980, el planteamiento del antichilanguismo cuajó entre los lectores de diferentes medios impresos. La simpatía entre Blancornelas —junto a quienes colaboraron en el semanario *Zeta*— y el PAN cobró buenos resultados: influir en la esfera gubernamental a través de la promoción y vigilancia de los medios electorales. Como lo demostraré a continuación, “el Gato” fue el operador visible de algunos cambios de la opinión pública. Las críticas al PRI reconstruyeron una realidad sobre la que literatos e investigadores no pudieron intervenir; sólo los periodistas lo hicieron.

En 1986, el triunfo de Ernesto Ruffo Appel a la alcaldía de Ensenada inició la alternancia panista en Baja California (Hernández, 2001, p. 66; Mungaray y Samaniego, 2006, p. 224; Ruiz, 1989, p. 28:). La relación entre Ruffo Appel y Leyva Mortera fue problemática, pues el gobernador boicoteó al alcalde a través del sindicato del ayuntamiento ensenadense. Al obstaculizar los servicios públicos, Leyva Mortera agravó a la comunidad de electores. “La fotografía de Ruffo Appel recogiendo los botes de basura, debido a que el gobierno del estado no entregaba los recursos”, recordaron Mungaray y Samaniego, “se volvió referente [...] creció aceleradamente” (2006, p. 224; confróntese con Ruiz, 1989, p. 28). Tres años después, el 5 de julio de 1989, una vez publicado el triunfo a la gubernatura de Ruffo Appel, los miembros del “Grupo Mexicali” priistas exhibieron antichilanguismo. El movimiento perdió toda su referencialidad literaria o científica al entrar a filas del partido oficial. *La Voz de la Frontera* destacó al empresario mexicalense que más resintió el triunfo del PAN:

En una conferencia de prensa y en medio de gritos de “muera [Luis Donald] Colosio” y “fuera *chilangos*”, Eduardo Martínez Palomera, dirigente estatal del PRI, afirmó “ni la dirigencia del PRI en Baja California ni sus militantes reconocemos [...] el supuesto triunfo de Acción Nacional” [...] “Estamos cansados de que venga gente de México a dirigir el partido, estas son las consecuencias”, fueron las palabras del dirigente. (Citado en Campuzano, 1995, p. 55; énfasis añadido).

El fragmento anterior no sólo resulta interesante porque los vituperios contra el dirigente nacional del partido, Luis Donald Colosio, se hicieron realidad después, tras el asesinato de éste durante un mitin en Tijuana (Mungaray y Samaniego,

2006, p. 227). Existe evidencia para confirmar un aspecto de la postura del también industrial, Martínez Palomera. Según datos de Valderrábano, 1989 fue la “primera vez en la historia política de BC, [en que] un presidente de la república citaba en palacio nacional a los empresarios” para “decirles quién sería postulado a la gubernatura” (1990, p. 63). Salinas de Gortari comunicó a los miembros más destacados de los grupos empresariales la designación de Margarita Ortega Villa como candidata del PRI. Entre quienes apoyaron el designio presidencial se encontraban los ex gobernadores Castellanos y De Lamadrid (véanse pormenores en Valderrábano, 1990, pp. 64-70). Aunque empresario, el presidente no convocó a Martínez Palomera. Meses después le nombraron dirigente estatal del PRI.

La candidatura de Ortega, quien ganó las elecciones como senadora en 1988, fue un intento de “mostrar la disposición del presidente al reclamo de los bajacalifornianos de que el candidato fuera de esa región”, y, por otro lado, designar a alguien que “tuviera el suficiente arraigo local para que la designación no fuera interpretada como una nueva imposición del centro” (Campuzano, 1995, p. 34). Sin embargo, fue sólo una simulación, pues en los hechos, la decisión fue tomada desde el centro y en los términos presidenciales. En ese sentido, las apreciaciones de Martínez Palomera no acertaron: nadie llegó del Distrito Federal a dirigir el futuro de Baja California, al contrario, los bajacalifornianos recibieron órdenes en la capital, revelándose así el poder fáctico del país. Las crónicas de Campuzano (1995) y Valderrábano (1990) dieron con nombre y apellido de las élites que criticaron al poder fáctico.

Durante su campaña, Ortega Villa utilizó la incógnita sobre los autores materiales e intelectuales del asesinato de “el Gato”. En respuesta, *Zeta* apeló a la exclusividad del referente felino. “En la primera oportunidad que hubo le pedimos que por favor no tratara el caso”, recordó el director a propósito de la muerte de Ortega; “que no lo capitalizara para lograr votos [...] Aceptó de buena gana” (Blancornelas, 1997, p. 130). En cambio, el candidato panista sí apareció en todas las protestas y actos públicos con los que la sociedad civil denunció a Leyva Mortera el asesinato de Félix Miranda.

La Comadre de la Cotorra se siguió publicando, y al comentar la gubernatura del partido que abanderaba, celebró un tanto hiperbólico: “La gente cree en el semanario *Zeta* como en la Ley de Dios” (León Toscano, 1990, p. 98). La frase no sólo es evidencia del órgano extraoficial del antichilanguismo bajacaliforniano. El apoyo de Choix Editores, S. de R.L. de C.V., de Blancornelas y de “el Gato”, resultaba significativo en un contexto marcado por la afiliación priista de los principales diarios de la región (consúltense cifras de distribución en Trujillo, 2000, pp. 411-413).

La muerte de “el Gato” en abril de 1988 (Campuzano, 1995, p. 42; Salinas, 2012, p. 90; Trujillo, 2000, p. 395; Valderrábano, 1990, p. 78) no sólo tuvo efecto sobre el movimiento, sino también sobre la trayectoria política de Ruffo Appel. En el capítulo sobre el periodismo bajacaliforniano, un literato anotó: “Ernesto está presente en la manifestación [...] enfrente de la funeraria donde se vela el cuerpo de Héctor Félix Miranda. La gente lo ve como uno de los suyos”, y juzgando las habilidades retóricas del ex alcalde, anotó subjetivo: “Es la viva imagen de un empresario que no sabe hilvanar con coherencia un discurso pero que llega al corazón” (Trujillo, 2000, p. 409).

Al año siguiente, después de solicitar licencia como alcalde para iniciar su candidatura, Ruffo Appel apareció en otro acto del semanario *Zeta*. “Al cumplirse el primer aniversario de la muerte del periodista”, escribió la reportera que documentó el triunfo del PAN, “montó guardia ante el monumento a Francisco Zarco y guardó un minuto de silencio en memoria del *Gato*” (Valderrábano, 1990, p. 110; véase también en Trujillo, 2000, p. 410). Este gesto fue un acto simbólico innecesario para homenajear a alguien que continuamente violentó la libre expresión.

En 1986, Leyva Mortera movilizó a organizaciones nativistas para contrarrestar la popularidad de Ruffo Appel. Al recurrir a la Asociación Política de Baja California (APBC), el gobernador permitió que los militantes priistas simpatizantes del nativismo continuaran con su campaña de que los “candidatos a gobernador, presidentes municipales, diputados locales y regidores sean nativos y con arraigo” (Blancornelas, 1986b, p. 4). El pronunciamiento de la APBC, formada en 1973 con el objetivo de que “los bajacalifornianos ocuparan posiciones políticas” (Sández, 1979, p. 139), consistió en:

“No queremos que nos gobiernen mexicanos, que a destiempo, que a última hora, se precipitan a renunciar a una ciudadanía extranjera para conquistar inmerecidamente en la Baja California un cargo de elección popular”. Ruffo Appel en Ensenada y Guillermo Aldrete en Mexicali [continuó Blancornelas], estuvieron en esa condición. Uno y otro nacidos [sic] en Estados Unidos, pero hijos de padres mexicanos y residentes en Baja California, desde su infancia, apresuradamente lograron su certificado de nacionalidad mexicana [...] Curiosamente la APBC se pronunció también por el nativismo cuando el general Cuenca Díaz anunció su intención de gobernar BC. (Blancornelas, 1986b, p. 4).

Al respecto, Sández admitió que el propósito del nativismo consistiría en una “verdadera campaña de concientización [...] No se trataba de caer en el regionalismo” (Sández, 1979, p. 138). Por la evidencia presentada en esta investigación, es obvio que dicho objetivo jamás se logró. *Zeta* interpeló a Ruffo Appel sobre las

inquietudes de los nativos, opinando que “más bien [son] el sentimiento de que la gente de aquí elija como candidatos a los de aquí y no haya *dedazo*” (citado en Blancornelas, 1986b, p. 5).

Junto con el destape, el *dedazo* fue una práctica común del priismo que sirvió para controlar ámbitos concretos de influencia. El hecho de que Salinas de Gortari reconociera el triunfo del PAN correspondió al inicio de la modernización política.

Los problemas del priismo local fueron los descuidos de Leyva Mortera. No sólo perjudicó a Aldrete, correligionario de partido; el más grave error fue en las elecciones nacionales de 1988 cuando apoyó al contrincante de Salinas de Gortari, Cuauhtémoc Cárdenas (Mungaray y Samaniego, 2006, pp. 224-225; Piñera, 2011, p. 189).

Al jugar en el límite de paradojas y contradicciones internas, el movimiento antichilango juzgó de “chilango” a quienes probablemente no lo fueron, emparentándose así al nativismo y al regionalismo por la desconfianza mostrada ante los foráneos.

Las críticas periodísticas resultaron centrales durante el anclaje de la política antichilanga. El momento ameritaba una pluma que compartiera el sentir de todo tipo de lectores, y éste fue Félix Miranda. Sobre la transición política de Baja California, “el Gato” opinó que era “probable que todo sea una variante del movimiento antichilango”. Sobre la vinculación del movimiento con otras tradiciones, señaló que más bien “les entró el miedo [a los priistas] de la *Ruffitis*, peligrosa enfermedad que desde Ensenada amenaza a todo el Estado” (Félix, 1986b, p. 32).

Como migrante de Sinaloa, Félix Miranda desconoció que el nativismo fue una demanda existente desde 1921 (Gruel, 2013, pp. 154-155; Sáñez, 1979, p. 134) con la designación del primer y único gobernador nativo —a la fecha—, Epigmenio Ibarra Jr.

La conciencia histórica de “el Gato” se limitó a escribir con nostalgia sobre la década de 1960. Al promocionar las fondas y restaurantes que lo alimentaron entonces, apenas recordó la oferta culinaria de Tijuana. En sus ínfimos comentarios políticos mencionó que periodistas y sociedad, en pleno informe de gobierno “interrumpimos el discurso de Xico Leyva I [Aleman] para pedirle agua desde entonces a [Adolfo] López Mateos”.

Y en plena nostalgia de aquella época, recordó: “Ah, la Tijuana, *snif* otra vez sin chilangos. ¡Ah!, ónde estará?” (Félix, 1986a, p. 33). La onomatopeya enfatizó el recuerdo de una ciudad “de 300 mil habitantes [...] ¡Ah! la Tijuana sin chilangos [...] donde el máximo pecado era tomarse uno un *six* de [cerveza] Tecate” (Félix, 1986a, p. 32).

A diferencia de “El Cotorro”, “el Gato” migró a Baja California cuando las referencias al nativismo fueron pocas. Mientras tanto, la sociedad bajacaliforniana tuvo diversos puntos de vista que considerar.

Conclusiones

La política entre los periodos presidenciales de Luis Echeverría y Carlos Salinas de Gortari sufrió varias transformaciones. La sociedad mexicana experimentó una integración forzada a partir de la consolidación de un partido de Estado que centralizó decisiones, actores y recursos políticos. Las crisis sociales y económicas modificaron la legitimidad del sistema político, generando contracorrientes ideológicas como el nativismo, regionalismo y antichilanguismo, como una misma expresión de rechazo politizado al centralismo gubernamental. En Baja California, la identidad regional se manifestó a través de medios formales como el electoral y la oposición panista. Los medios informales del antichilanguismo fueron los estereotipos y la comicidad popular contra los migrantes del Distrito Federal. La presencia de “chilangos” en oficinas de gobierno, universidades y partidos políticos provocó que varias personas se mostraran hostiles ante los recién llegados. La sociología cultural aprovechó esta efervescencia y divulgó resultados en revistas literarias y periodísticas. Mientras tanto, el ámbito electoral comenzó a ser estudiado por politólogos profesionales. Las administraciones de Ernesto Ruffo Appel y Héctor Terán fueron importantes temas de investigación.

El recuerdo de Héctor “el Gato” Félix Miranda y el espíritu de colaboración con el primer gobierno panista de la entidad, permitieron que Jesús Blancornelas gozara de popularidad nacional e internacional. El semanario *Zeta* es una importante fuente documental sobre diversos grupos locales y nacionales. El antichilanguismo en Baja California no fue muy diferente que la expresión del movimiento en Sonora. En ambos lugares fueron utilizados los medios impresos para impactar a la opinión pública. Sin embargo, para la política antichilanga fue más relevante el juego electoral que la muerte de un niño. Los contenidos de identidad regional pronto se decantaron a una discusión en torno a la democracia. Al concluir el siglo XX, la sociedad bajacaliforniana fue representada de distintas maneras, y muchos resaltaron sus opiniones sobre el estereotipo de “chilango”.

Referencias

- Anónimo. (1986). Desplazan a técnicos capaces. *Aquí*, 3, 39.
- Aguilar, E. (1987). Falsedades y distorsiones [entrevista con Jorge Bustamante]. *Cultura Norte*, 1(1), 21-24.
- Aguirre, I. (1985). Después de la tormenta. *Palpitaciones*, 25(111), 11.
- Aguirre, I. (1986). Nacionalismo. *Tiempo de Baja California y Sonora*, 417, 11.

- Blanco, R. (1980). *La corrupción en México*. México: Bruguera Mexicana de Ediciones.
- Blancornelas, J. (1997). *Una vez, nada más. Crónica de un país y de sus personajes*. México: Editorial Océano.
- Blancornelas, J. (1986a, 31 de octubre al 7 de noviembre). Fuera de la política y el gobierno, en su propia ciudad, los mexicalenses, peor que *chilangos* en Tijuana. *Zeta*, 657, 18-19.
- Blancornelas, J. (1986b, 15 al 22 de agosto). La alaharaca [sic] del nativismo fortalece presunta candidatura de Ruffo a la gubernatura. *Zeta*, 646, 4-5.
- Browning, H. y Corona, R. (1995). La emigración inesperada de los *chilangos*. *Demos*, 8, 16-17.
- Campbell, F. (1987a, 21 de septiembre). El antichilanguismo, una realidad con muchos padres y sin origen definido. *Proceso*, 568, 14-15.
- Campbell, F. (1987b, 21 de septiembre). El odio a los *chilangos* se vuelve radical. *Proceso*, 568, 14-17.
- Campuzano, I. (1995). *Baja California en tiempos del PAN*. México: La Jornada Ediciones.
- Castellanos, M. (1994). *Del Grijalva al Colorado, Recuerdos y vivencias de un político*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California/Secretaría de Educación Pública.
- Cornejo, G. (1989). El enemigo adentro (a propósito de frentes culturales) y unidad nacional (fragmento). *Tintas*, 1(1), 6-10.
- Espinoza, V.A. (1995). *Miradas y querencias, Crónicas y ensayos*. Mexicali: Instituto de Cultura de Baja California.
- Félix Berumen, H. (1987). Regionalismo versus centralismo. *Esquina/Baja*, 2, 20-24.
- Félix Miranda, H. (1986a, 18 al 25 de julio). Un poco de algo: Así anda el gobierno y aquellos años. *Zeta*, 642, 32-33.
- Félix Miranda, H. (1986b, 15 al 22 de agosto). Un poco de algo: ¡Nativismo o arraiguismo, sí! ¡Raterismo, no! *Zeta*, 646, 31-32.
- García, J. (1993). La administración pública frente a la cultura: datos y ensueños. *Trazadura*, 8, 47-52.
- García, N. (1992). Escenas sin territorio. Cultura de los migrantes e identidades en transición. En J.M. Valenzuela (coord.), *Decadencia y auge de las identidades* (pp. 191-208). Tijuana: El Colegio de la Frontera.
- Gruel, V. (2013). Prensa y nacionalismo en Baja California durante la segunda guerra mundial. *Estudios Fronterizos*, 27(14), 153-183.

- Hernández, J. (1984). *Entrevista con Héctor "Gato" Félix* (Colección Entrevistas, núm. 3). Tijuana: Notilibros.
- Hernández, R. (2008). *El centro dividido. La nueva autonomía de los gobernadores*. México: El Colegio de México.
- Hernández, T. (2001). *De la oposición al poder. El PAN en Baja California, 1986-2000*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- León, J. (1971, 7 de febrero). Gobernador importado. *La Comadre de la Cotorra*, 684, 8.
- León, J. (1990). *Ruffo triunfador*. Ensenada: Arte y Publicidad Gráfica.
- León, L. (2003). José León Toscano: un ensenadense arraigado. En *Memoria 2002* (pp. 113-122). Mexicali: Seminario de Historia de Baja California, A.C./Gobierno del Estado de Baja California/Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Autónoma de Baja California.
- Lomelí, L. (2000). El PRI durante el gobierno de Luis Echeverría. En M. González Compeán y L. Lomelí, *El partido de la Revolución. Institución y conflicto, 1928-1999* (con la colaboración de P. Salmerón Sanginés, pp. 406-452). México: Fondo de Cultura Económica.
- Mejía, F. (1991, mayo). Frontera norte. La línea de tu mano. *Nexos*, 141(45), 69-81.
- Mungaray, A. y Samaniego, M. (2006). De 1945 a nuestros días. Internacionalización económica y democracia política en Baja California. En M. Samaniego (coord.), *Breve historia de Baja California* (pp. 183-229). México: Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma de Baja California.
- Murrieta, M. y Hernández, A. (1991). *Puente México. La vecindad de Tijuana con California*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte/Centro de Estudios Tepiteños.
- Piñera, D. (2011). Segunda parte. En D. Piñera & M. León Portilla, *Historia breve. Baja California* (pp. 57-215). México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.
- Rivière, H. (2003). La descentralización: ¿exigencia regional o nueva respuesta al regionalismo. En J. Preciado et al., *Territorios, actores y poder: regionalismos emergentes en México* (pp. 165-189). Guadalajara: Universidad de Guadalajara/Universidad Autónoma de Yucatán.
- Rodríguez, M. (1985). Identidad cultural en grupos sociales de la zona fronteriza de Baja California. *Estudios Fronterizos*, 7-8(3), 69-84.
- Ruiz, B. (1989). Crónica de una derrota. *Esquina/Baja*, 7, 26-32.
- Ruiz, O. (1989). Regionalism and the middle class: the case of Hermosillo, Sonora. *Frontera Norte*, 2(1), 133-149.

- Salinas, D. (2012). *La liturgia del tigre blanco. Una leyenda llamada Jorge Hank Rhon*. México: Océano.
- Sández, R. (1979). *Nosotros los bajacalifornianos*, México: s.e.
- Sarabia, L. (1995). San Diego Zone. En G. Trujillo & R. Reyes (eds.), *Vidas fronterizas: la crónica en la frontera México-Estados Unidos* (pp. 473-494). Mexicali: Binational Press.
- Sarabia, L. (1991). La cultura de la frontera norte. Siete apuntes para su asedio. *Esquina/Baja*, 10-11, 49-56.
- Trujillo, G. (2000). *La canción del progreso, Vida y milagros del periodismo bajacaliforniano*, Tijuana: Editorial Larva/XVI Ayuntamiento de Tijuana.
- Vila, P. (2000). *Crossing borders, reinforcing borders social categories, metaphors and narratives identities on the US-México frontier*. Austin: University of Texas Press.
- Valderrábano, A. (1990). *Historias del poder. El caso de Baja California*. México: Grijalbo.
- Valenzuela, J. (1987). Sobre guachos y chilangos. Alrededor de una controversia. *Cultura Norte*, 3(1), 19-21.
- Valenzuela, J. (1998). *Nuestros piensos. Culturas populares en la frontera México-Estados Unidos*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Vizcarra, F. (2012). *En busca de la frontera y otros ensayos sobre comunicación y cultura*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California.

